

Léxico extremeño

(Recogido directamente del pueblo)

L que esto escribe lleva mucho tiempo consagrado a estudiar amorosamente los principales aspectos, los rasgos más esenciales de Extremadura, la vieja región de la Conquista. Entre éstos sobresale el léxico popular, que estamos agavillando en un diccionario como consecuencia de nuestro constante rastrear por la geografía extremeña y principalmente por la provincia de Cáceres, en cuya capital residimos, convencidos de la importancia del estudio de los dialectos, de la lengua popular, vernácula, nativa, como si dijéramos de casa, que es tanto como afirmar la que no cuenta en el lenguaje literario.

El vocabulario popular de Extremadura en las distintas comarcas de sus partes Alta y Baja ofrece el mayor interés lingüístico.

Por ello nos hemos afanado en la labor de recopilación, de recoger directamente del pueblo el habla, sus voces, consejas populares, etcétera, en suma y en definitiva cómo se expresan los cacereños.

Se trata del léxico popular que proviene de nuestros mayores, que lo han transmitido. Rico venero del vocabulario usado por los antepasados, todas las palabras que fluyen por el pueblo en el decurso de los tiempos.

No se nos oculta que muchos términos se van perdiendo y sin embargo otros surgen, pues bien sabido es que la lengua es cosa viva.

Queremos hacernos de los términos que se usan en esta parcela cacereña, que son naturalmente distintos de los de otras regiones y poblaciones españolas, aunque muchos sean usados en pueblos y comarcas limítrofes, porque a veces no es tarea nada fácil señalar los límites lingüísticos.

Aquí, en el léxico popular es donde se pone de relieve la personalidad y características, lo que distingue y matiza a cada uno. Hay sus variantes fonéticas. Constatemos el empleo de palabras privativas de cada localidad, comarca, provincia y región.

El saber filológico es importantísimo. La filología es la ciencia del lenguaje, que es atributo del hombre.

El léxico, el vocabulario, las formas del lenguaje que comprende personas, cosas, etc., tienen una gran importancia y no hay que dejar de tener en cuenta la toponimia, ya que son muchos los nombres de accidentes de la superficie y también la onomástica, muy interesante por el estudio de las devociones de las ciudades.

Es axiomático que cada uno tiene que hablar de la tierra que es, es decir, con sus formas dialectales propias, características y expresivas, con el acento y expresión que requieren.

No se puede desvirtuar en absoluto cuanto corresponde a cada parcela, ya que lo de ésta, su forma expresiva, es parte integrante de su personalidad.

Como ejemplo de cuanto venimos sosteniendo, a continuación vamos a reflejar expresiones propias de la provincia de Cáceres, de las comarcas de Logrosán y Garrovillas de Alconétar, que bien merecen ser recogidas.

Las de la primera, de la villa de Logrosán y su comarca, se manifiestan en una ingeniosa «Charla de Garciaz», de la que es autor don Leocadio Nicasio Senso Cuadrado, médico, verdadero entusiasta de estos temas, ya que con alguna frecuencia obsequia a los lectores de la prensa extremeña con trabajos como el que transcribimos, que dice así:

«Extremeñas. Charlas de Garciaz: Reunión de mozos, que fueron jóvenes hace mucho tiempo, en la plaza del pueblo, y donde dan expansión a sus personas de antaño y de hogaño.

Sale bruscamente el tío Juan Merendera y dice: «Cuidiau que si estamus aquí reunius es porque nos dan de comel; pos otras vecis los que fueron viejus, como semus nusotrus, tenían que morilsí antís porque pasaban más jambri, pos nusotrus cobramus tos los mesis nuestro retiru sobrerús viejus y poemus comel y vivil más años».

El tío Roperto Liebre, dice: «Tienis mucha razón, Merendera, pos otras vecis a tus años andabas ya comu arrengau y ahora andas entoavía mu jándalu, aunque tú siempri has estau mu escurriú y tañ pesau mu pocu las chichas».

Sale el tío Cerilu Tortilla y manifiesta: «Que está to mu buenu, pero jadeis acuerdu de jadi más de setenta años cuandu saliamus por las nochis ca unu con su porra a jadel la ronda y a vel las novias, y que entoncis no había lu létrica y no se vía na y si nos trompezábamos con otros que venían de frenti, y como no víamos a naidi y se barruntaba el ruiú, deciamus: Juoji, ¿quién va por allá?, y barruntábamos decir:

¡Antoniú el Tuertu! Pos pasábamos tos y queaba to buenu, porque si no contestaban había palo limpiu».

Irrumpe Manuel Tortilla: «Buenu, peru lo que no acabáis de decil es lo de porra en caso (histórico), y esta ya sabéis que era una manera de querel tenel novia, pos si un mozu quería a una moza, pol la nochi llegaba a la puerta della, arrempujaba el postigu y tiraba la porra dentru y decia: ¡Porra en casa! Y si era bien recibiu no le decian na, y otru día ya podía decil algu a la moza, pero si no gustaba ensegüía tiraban la porra diciendu: ¡Porra a la calle!, lo que quería decil que el mozu se buscasi otru cariñu, y ya sabias que tus querelis tenían quil por otru sitiü».

Toma la palabra el más viejo del grupo, de ochenta y cinco otoños, el tío Juan Roperto, «El Farrungau»: «To eso que decís tenéis razón, pero las mozas doy van muchu mejol puestas, muchu más guapas, con las chiquifaldas y esus trajis de enseñanza superiol que se gastan, aunque ya no se ponin colorás si algún mozu las dici alguna cosa, pos son muchu más atrevias, y ellas son las que miran con más cariñu».

El Manuel Tortilla sale a su encuentro y le dice: «Yo creu «Farrungau», cati te gustan muchu las mozas».

Replica el tío «Farrungau» diciendo: «¡A mi no me gustan las mozas! Lo que tieni es que no me disguntan».

Y con esto, por hoy, dieron por terminada su charla «Los Vetustos».

De las expresiones propias de la villa de Garrovillas, hace gala en una bien concebida estampa titulada «De la fabla de tu pueblu», don José María Iñigo Gómez, abogado, enamorado de la pintoresca población que ha regido y de su tesoro propio, según lo ha demostrado en cuantas ocasiones se le han presentado. Hemos de advertir que no nos honramos en haber nacido en Garrovillas de Alconétar, sino en las «cántabras montañas», cantadas por el insigne poligrafo Menéndez y Pelayo. En Garrovillas vieron la luz primera nuestros progenitores, de donde debió tomar pie el señor Iñigo para el título. La estampa a que nos referimos es como sigue:

«¿Vienes para el Tajo?, me dijo un amigo. Podemos pasar una buena tarde, porque hace un rato, estando yo en el bar, dos chicas estu-
pendas y muy simpáticas, turistas, que hacen auto-stop y según me di-
jeron son nadadoras profesionales, me preguntaron si había algún río
cerca donde pudieran bañarse y entrenarse a la par. Y les indiqué el
Tajo por las cercanías del puente Mantible donde hay un camping, aun-
que por ahora todavía no está abierto. Ya deben haber llegado y pode-
mos llegar nosotros en mi coche y acompañarles algún rato antes de
que sigan la ruta que llevan.»

Acepté y nos fuimos al lugar designado por mi amigo en el coche de éste.

Ya no estaban, pero si un chaval que guardaba unas cabras y era de los barrios bajos del pueblo, al que le pregunté:

Oye, chaval, ¿has visto por aquí dos chicas que venían a pie a bañarse cerca del Mantible?

¿Sonin señoritas? (¿Son señoritas?). Y ante mi afirmativa, me contestó: por aquel cerru han ajorrau ahora mesmu. Si quien apañalas, bien puen juil a espetajigus y atajal pol esa vereá, polque van respingandu comu dos muletus sueltus. (Por aquel cerro han pasado ahora mismo. Si quieren alcanzarlas, bien pueden correr muy aprisa, porque van brincando como dos muletos sueltos).

Y así lo hicimos y dimos pronto con ellas.

Me las presentó el amigo y en la conversación, una de ellas preguntó cómo habíamos dado con ellas, ya que no se habían bañado en el sitio que se les indicara.

Un pastorcillo de cabras, que os ha visto nadar, nos lo ha dicho.

¿Un pastorcillo que habla un lenguaje que no entendíamos más que a medias?

El mismo debe ser, le dije yo, porque a nosotros nos ha hablado en el mismo lenguaje, que es el del pueblo bajo de nuestra villa y por eso que nosotros lo entendemos, aunque no lo hablamos sino a veces para entendernos mejor. ¿Y qué os dijo ese pastorcillo?

Verá, dijo. Le preguntamos si conocía el río y nos podía indicar un sitio en que hubiera profundidad y corriente para nadar un poco y nos contestó (para ello tuvo que sacar del bolso un blok de notas en que las había anotado): La jondura y la corrienti, no está ahí tan ansina; hay que adientralsi a más de mediu riu en que hay unas joyás mu jondas, pero si no sabin anal comu los pecis, mejol es que se vaigan pal vau que está más arribina, aunque pa legal al vau tendrán que ir escoteras, porque, por aquella vereá de cabras, no pasan ni los burrus. (La hondura y la corriente, no están cerca; tienen que adentrarse a más de medio río en que hay unos hoyos muy hondos, pero si no saben nadar como los peces, mejor es que se vayan para el vado que está un poco más arriba, aunque para llegar al vado, tendrán que ir a pie, porque, por aquella vereda de cabras, no pasan ni los burros).

¿Dónde nos podemos desvestir?, le volvimos a preguntar, y puso tal cara de extrañeza, que comprendimos que no nos había entendido, por lo que volvimos a decirle, que dónde podríamos quitarnos la ropa sin que se nos viera y no hubiera gente cerca, a lo que nos dijo:

Ahí entre las tamujas, se puein queal en peleti. Yo estaré por aquí

a la mira pa que naidi se acelqui y las vean en cueru vivu, peru tengan cuidiau con las espinas de las tamujas, polque las picás se enconan.

(Ahi entre las tamujas se pueden quedar desnudas totalmente. Yo estaré por aquí vigilando para que nadie se acerque y las vean totalmente desnudas, pero tengan cuidado con las espinas de las tamujas, que si les hieren, se infectan).

Después de bañarnos lo llamamos y le dimos una propina que al principio no quería tomar, porque, total —decía él— no había hecho na pa ganalu, y, un favol, se le jas a cualquier cristianu. (No había hecho nada para ganarlo y un favor se le hace a cualquier cristiano), pero, ante nuestra insistencia, la tomó con un se agraeci la voluntá y aquí estamos pa lo que poamus selvil (se agradece la voluntad y aquí estamos para lo que podamos servir).

Nos ha hecho gracia el hablar del chiquillo, aunque nos hayamos quedado a medias de comprenderlo por su lenguaje.

Le hice la traducción en el blok, que dijo conservaría como uno de sus mejores recuerdos. Y se pasó la tarde y de ella queda esta estampa que te mando.»

La extensión de este trabajo no nos permite continuar facilitando más aportes lingüísticos populares de locuciones y giros, —bien expresivos por cierto— cosa que haremos en otra colaboración.

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS

Editada por los Servicios Culturales de la Excma. Diputación Provincial de Cáceres, acaba de aparecer la obra:

«Siete ensayos sobre el Romanticismo español»

por PEDRO ROMERO MENDOZA

Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO II

Anotada e ilustrada

Pedidos al autor: Antonio Hurtado, 4 - Cáceres, a Servicios Culturales o a la Revista «ALCANTARA»

NADA Y ALGO

¿Dialogáis con las cosas apasionadamente?

Las cosas nos malogran haciéndonos esclavos.

El hombre vive libre cuando no tiene nada

y pisa la ciudad como si fuera una calle para salir al campo.

Recuerdo aquellos días.

Guadiana era un milagro donde tiraba mi dolor,

donde flotaba mi dolor como si fuera un barco.

Yo no tenía nada,

ni siquiera un cigarro.

Mis viejos pantalones remendados

y mi camisa rota para que pudiera respirar mi pecho flaco.

Yo no tenía nada y los relojes estaban lejos de mis brazos.

Amigas como el roce de la nieve sobre el ramaje de los álamos,

el agua de la isla para dejar mi cuerpo como un tronco flotando,

el arpa del molino cantando con su son monótono y lejano,

la garza de la siesta que cruzaba volando sobre el dulce

bochorno de los sauces,

las orillas del río cubiertas de nenúfares blancos.

Yo no tenía nada

y por eso era libre como un pájaro.